

En la primera lectura de hoy hemos escuchado la profecía de Balaán. El rey de Moab, Balac, lo ha contratado para que maldiga a Israel y así sea más fácil derrotarlo. Balac tiene una enorme fe en el poder de las maldiciones de un hombre de Dios. Es un claro ejemplo de lo que hoy llamaríamos tener a Dios a mi servicio por las buenas o por las malas. Por eso se niega a aceptar que Dios inspire a este profeta para que pronuncie una bendición sobre quien él desea exterminar. “¿Cómo puedo yo maldecir a quien Dios no maldice?”, le dice el profeta. La ceguera y la mala voluntad de este enemigo de Israel ambienta la escena que nos relata hoy el evangelio.

La autoridad con que Jesús actúa molesta a sus adversarios. Aquí tenemos el primer debate con los jefes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo. Se pone en tela de juicio la autoridad con que Jesús entró en la ciudad, purificó el Templo, sanó a los enfermos y enseñó al pueblo en nombre de Dios.

Las autoridades y jefes del pueblo inician contra Jesús un proceso en toda regla, interrogándolo acerca de su autoridad. La pregunta con que Jesús les responde es una última ocasión para que se den cuenta de quién es Él. Lástima que la intención de estos responsables del pueblo no fuera conocer quién era Jesús, sino buscar pruebas contra Él para aniquilarlo. Querían a toda costa anular su actuación en medio del pueblo, ponerlo en su contra. Por otra parte, este pueblo sencillo y creyente, que busca a Yahvé escuchando a los rabinos en el templo y en las sinagogas, asiste asombrado a la cerrada oposición de las autoridades contra Jesús.

Jesús responde, como en otras ocasiones, preguntando: promete responder si ellos dicen públicamente, si el bautismo de Juan era de Dios o una mera ocurrencia humana. Sus acusadores se ven obligados a declarar su ignorancia. Así quedan humillados y caen en el ridículo que ellos mismos se han buscado. La autoridad de Jesús queda fortalecida.

Por su parte, los lectores de Mateo saben bien que tanto la actividad de Juan como la de Jesús provienen de Dios.

Hoy día también nosotros los cristianos nos las tenemos que ver con quienes niegan a Jesús, no lo aman ni lo aceptan. No nos dejemos confundir por lo que dicen. Afirmemos nuestra fe en la Persona de Jesús con el testimonio de nuestras obras, sobre todo con el amor a quienes están a nuestro lado y en la solidaridad con los más pobres. Ante preguntas malintencionadas imitemos la actitud de Jesús, pues no hay peor ciego que el que no quiere ver, ni peor sordo que el que no quiere oír.

Carlos Latorre, cmf